

## IX

El cielo estaba teñido de gris y la cancha 3 envuelta en un halo de misterio, producto de la niebla proveniente del río, que parecía más calmo que nunca. Era como si el tiempo y el espacio se hubiesen detenido, inmóviles. Eso lo hubiera gustado a Daniel y al Cordobés, quienes llegaban tarde al partido del *Nápoli* frente a *Santana*, por la fecha número cuatro del Torneo Apertura 2003. Quien se había olvidado de activar el despertador había sido el volante, probablemente porque la noche anterior había salido con sus amigos. En cambio, el defensor llegaba apurado, con lo justo, desde su casa en Once, donde vivía con su esposa y sus dos hijos pequeños. Habitualmente, el Cordobés llegaba en colectivo hasta el centro de Quilmes y su amigo lo pasaba a buscar en su motocicleta. Esta vez no había sido la excepción, salvo que el chofer asignado estaba desvelado y el otro muy nervioso porque no quería arribar demasiado tarde.

Leopoldo los aguardaba impaciente parado en la vereda de ladrillos que bordeaba los cuatro vestuarios de las canchas 3 y 4, y los baños que, en cambio, tenían los pisos de cerámica, algo muy práctico para trapear pero peligroso para el equilibrio de los jugadores cuando se mojaba y/o embarraba. El resto de los jugadores ya estaba listo, sólo faltaban el Cordobés y Daniel para definir la alineación titular. Y valía la pena esperar ya que estos dos jugadores habían tenido, al igual que el resto del equipo, un gran comienzo de torneo, en el que *El Nápoli* había obtenido tres victorias: 8 a 0 frente al *Rayo*, con dos goles del defensor; 1 a 0 ante *Deportivo Amistad*, con tanto de Claudio; y 3 a 2 contra *Cigarro Lunático*, con anotaciones de Claudio, Juancho y Julián.

El equipo titular era básicamente el mismo del torneo anterior, salvo que Andrés había pasado a jugar, provisoriamente, por Nazareno como volante derecho ya que éste se recuperaba de una fractura en un brazo ocurrida en un amistoso de verano.

Por su parte, apenas Daniel y el Cordobés descendieron de la moto, Leopoldo los espetó en la puerta del vestuario y les indicó que iban a jugar desde el arranque. Mientras estos dos se preparaban y sus compañeros entraban en calor, Nazareno se encargó de espiar al rival y ver si contaba con todos sus titulares.

-Si no les ganamos hoy, no les ganamos más -dijo el “espía” a Andrés, quien trotaba cerca del lateral derecho, a metros de donde se ubicaban los bancos de suplentes.

-¿Por?

-No juega el diez, que es un fenómeno, y tienen otros suspendidos. Creo que son once justos.

Tanto Nazareno como Andrés recordaban a la perfección que nunca antes le habían ganado a *Santana* y que eso se había debido, en gran parte, al talento del volante ofensivo que llevaba la 10 en la espalda. Para los dos, ganar era una cuenta pendiente y una buena medida para saber si estaban listos para pelear el campeonato bien arriba o si el promisorio arranque era sólo una buena racha.

El partido comenzó con un *Nápoli* preso de un miedo escénico y, en vez de jugar como le venía haciendo, le dejó la iniciativa a su rival, que fue al ataque una y otra vez, obligando a sus contrincantes a estar muy atentos en las marcas. Pero eso no ocurrió y el equipo de Leopoldo empezó a correr desesperado detrás de la pelota, que parecía inalcanzable. Así las cosas, a nadie le sorprendió que los napolitanos quedaran rápidamente 0-2.

Ante el juego y el marcador desfavorables, los napolitanos no tuvieron más remedio que recurrir al juego brusco y a la falta sistemática para detener los avances de *Santana* y así evitar una muy probable goleada. Los dos primeros amonestados fueron Daniel y el Cordobés. Sin embargo, las amarillas no parecieron calmarlos; al contrario,

por lo que ante una nueva infracción del volante, los dos compañeros protestaron porque el árbitro le sacó la roja a Daniel. Los ánimos estaban tan exaltados que el mediocampista expulsado, en medio de sus reclamos, le tiró un cachetazo al árbitro que, a su vez, reaccionó como si le hubieran pegado una trompada de box. El referí decidió, automáticamente, suspender el partido y se retiró a su vestuario, mientras los compañeros de Daniel retiraban a éste de la cancha por otro sector para evitar más agresiones, al tiempo que trataban de calmarlo. El que no podía tranquilizarse era Juan, quien se dirigió hasta el vestuario del árbitro y al ver la puerta cerrada comenzó a patearla para que el juez saliera y reanudara el encuentro. Los golpes contra aquella chapa resonaron por todo el predio y el árbitro no volvería a salir hasta un largo rato después.

Por su parte, Rafa permanecía sentado en el banco de suplentes, viendo como aquel descontrol se había apoderado de la escena. Luego de que calmaron también al Cordobés y a Juan, el joven se acercó hasta donde se encontraban Claudio, Nazareno y Marcos, quienes ya negociaban con los veedores para que no expulsaran al equipo de la liga.

Vio que Claudio y Marcos hablaban acaloradamente con Mario, uno de los supervisores; mientras Nazareno y Andrés se le arrimaron muy enojados por lo ocurrido. Rafa, en tanto, estaba con su mente en otro lado, no muy lejos, en Quilmes, pero habían pasado tantas cosas en tan poco tiempo que no había podido asimilarlas todavía.

-Por suerte no nos van a echar a todos del torneo -suspiró Nazareno, aliviado.

-Menos mal. No hubiera sido lo más justo -opinó Andrés, quien se encontraba sentado en el pasto y abría su mochila para colocarse un abrigo.

-Y sí.

-Obvio. O sea, todo bien, pero al que le saltó la cadena fue a Danielito. Los demás no hicimos nada más que separarlo, ¿o no? ¿Vos como lo viste Rafa?

-¿Qué cosa?

-¡¿Cómo qué cosa?! La expulsión, la suspensión... -exclamó Andrés, nervioso.

-Ahí, sí. Tenés razón.

-¿Qué te pasa Rafa? -preguntó Nazareno al ver que su compañero seguía callado, más de lo habitual.

-Nada, nada. Me quedé pensando.

-¿En qué? -intercedió Andrés.

-No pasa nada. Tengo algunos quilombos.

-¿Con Cintia? ¿Otra vez?

-Sí, Naza. Está todo mal.

-Pero pensé que después de las vacaciones se habían arreglado...

-Sí, nos arreglamos. Pero ella sigue con el tema de su hermano, la enfermedad, sus viejos y se la agarra conmigo.

-Mirá Rafa, yo sé que no soy el más indicado para hablar porque me pasó algo muy parecido con mi ex. Pero después de lo que te hizo en las vacaciones no se podía esperar otra cosa -acotó Andrés, quien se colocaba el pantalón largo de *jogging* ya que el frío aumentaba.

-Puede ser. Pero qué sé yo.

-Tranquilo, ya se van a arreglar -intentó conciliar Nazareno.

-Ojalá. La verdad es que no sé cómo hacés para seguir tan bien con Maca después de tres años.

-Las cosas se van dando solas de determinada manera.

-Ya sé. No siempre dependen de uno.

-Tal cuál -disparó Andrés, molesto.

-Encima hoy tenía muchas ganas de jugar. Ahora que no curso los sábados, me dejan en el banco y justo cuando me dicen que voy a entrar se suspende el partido ¡Una reverenda cagada, loco! Me parece que esta noche me voy a arrancar la cabeza.

-No seas boludo, Rafa. A ver si te pasa lo mismo que en las vacaciones -le aconsejó Nazareno.

Luego, los tres amigos tomaron sus bolsos y sus mochilas, y fueron al encuentro del resto de sus compañeros y todos juntos, a pesar de la bronca, terminaron en el buffet del club.

Rafael y Cintia habían ahorrado unos pesos y en febrero decidieron irse unos días de vacaciones a la costa. No mucho, sólo un fin de semana, aprovechando que Nazareno les prestó el departamento de su abuela en Mar de Plata, donde justamente él, Gabriel, Andrés y otros chicos habían ido el mes anterior. Ella no estaba muy conforme con aquel gesto de “caridad”, tal como lo denominaba la joven cada vez que le querían tender una mano; en cambio, Rafa estaba y muy emocionado por volver a ver el mar después de tantos años. Él deseaba sentir nuevamente la frescura de la arena entre sus dedos al atardecer y el cosquilleo de la espuma de las olas cuando éstas terminan de romper en la orilla, suavemente, como si fuesen un telón que se corre para ponerle fin a la obra maestra natural que acababa de ocurrir.

Cintia nunca había ido a “La Feliz” y no mostraba tanta emoción por el viaje. De hecho, se pasó la mayor parte del tiempo atenta a cada uno de los detalles, como a la espera de que algo saliera mal. Era una joven que inspiraba pesimismo, como si el mundo le estuviera en deuda; o peor, como si ella no fuera lo suficientemente merecedora de estar contenta. Se trataba de un rasgo claramente depresivo que su novio

comenzaba a odiar cada vez más. “Hay cosas mucho peores”, decía él a su chica cuando ésta explotaba porque algo acababa con resultado negativo o no de la manera que había planeado.

La primera noche en Mar del Plata, Rafa llegó agotado y después de comer una pizza en la peatonal y beber una cerveza en una panchería que pasaba buena música le dijo a Cintia de ir a dormir temprano. Ese fue el primer incidente que se resolvió, en parte, con un encuentro sexual antes de acostarse. Pero la mañana siguiente fue escenario de otra discusión cuando él se levantó temprano y, de acuerdo a Cintia, hizo mucho ruido en el baño y la despertó. “¡Primero nos vamos a acostar temprano porque estás cansado y después no me dejás seguir durmiendo porque te levantás enseguida!”, le recriminó ella.

Rafa sintió una impotencia tremenda y como no quería arruinar el resto del sábado no la confrontó. Ella estuvo todo el tiempo que pasaron en la playa de mal humor y con dolor de cabeza “porque no haber dormido bien”, lo que terminó por agotar la paciencia del joven.

Así fue que apenas regresaron al departamento, desesperado por encontrar al fin un momento para desenchufarse del trabajo, la familia y la rutina (la idea original de cualquier viaje) se fue solo a la panchería mientras su novia se bañaba. Estaba tan feliz de haber hallado un instante de paz que empezó a beber una cerveza tras otra, ayudado por un persistente calor. Claro que hacía bastante tiempo que no tomaba tanto y tan rápido, por lo que se emborrachó fácilmente. Ordenó un cono de papas fritas para tratar de neutralizar el efecto del alcohol pero fue peor porque esa comida le revolvió el estómago.

Entonces decidió volver al departamento y apenas ingresó hizo a su novia a un lado cuando se miraba en el espejo del baño y vomitó en el inodoro. La reacción de

Cintia habrá sido muy similar a la explosión de Hiroshima y Nagasaki en 1945 porque él se desmayó en el piso, junto a la ducha, donde pasó el resto de la noche y ella, luego de no haber pegado un ojo, tomó su bolso y se fue sola a la terminal de micros. Allí, y sin avisarle a su novio, cambió el pasaje y se volvió a Quilmes por su cuenta. Y después de esas vacaciones en el infierno, el noviazgo inició una caída libre imparable.

Como consecuencia de su violenta expulsión, Daniel recibió una suspensión de 50 fechas, lo que significó la primera gran sanción contra *El Nápoli*. Y ante la ausencia de dicho mediocampista, Andrés volvió a jugar de volante central y Nazareno, ya recuperado de su brazo, a ocupar su puesto de clásico 8. En ese marco, Daniel tomó la decisión de irse a vivir a España, más precisamente a Mallorca, donde su hermano residía desde hacía unos años y le podía facilitar alojamiento para él y su novia, y un lugar en su puesto de diarios hasta que consiguiera otro trabajo.

El panorama en el conjunto napolitano estaba bastante complicado, pero el equipo pudo hacerle frente a la adversidad. En la recuperación ayudó mucho el triunfo por 4 a 2 frente a *Gavilán*, con tres goles de Claudio y otro de Julián, quienes formaban por entonces una dupla temible. Luego vino un empate en cero ante *El Naranja* y así el ánimo subió lo suficiente como para poder organizar y disfrutar de un asado de despedida para Daniel.

La reunión, una vez más, fue en la casa de los hermanos Giannini, ya convertida en una especie de templo en el que los fieles de la “Iglesia Napolitana” se congregaban a agradecerle al “Dios del Fútbol”. Fue un encuentro emotivo y festivo ya que los muchachos dieron sus palabras de apoyo al volante que se despedía, pero sin abandonar la degustación del fernet y la carne, cuya preparación estuvo a cargo de Esteban.

El Gordo había vuelto ese año a formar parte del plantel luego de casi dos años de ausencia. Había disputado algunos partidos en la primera temporada pero su hábil zurda se había extrañado en la segunda y la tercera. Las razones no había que buscarlas en alguna mala relación con sus compañeros, ya que era muy buen amigo de Marcos, Nazareno y Andrés, con quiénes había ido al mismo colegio; pero Emiliano había preferido acostarse tarde los viernes sin tener que “madrugar” con resaca para ir a jugar los sábados. Claro que cuando decidió volver no abandonó aquellos hábitos nocturnos pero evidentemente extrañaba jugar. Así fue que desde su posición de volante ofensivo o media punta participó, casi siempre arrancando en el banco de suplentes, de una racha discreta del *Nápoli* con dos empates, dos derrotas y un triunfo, y en la que volvió a destacarse Claudio con seis goles.

Emiliano estaba sentado en al banco de suplentes de la cancha 2. Su cabellera estaba tan enmarañada como al momento de levantarse de la cama y sus ojos verdes conservaban cierta irritación. Junto a él se encontraba un eufórico Leopoldo, quien no paraba de dar indicaciones a sus jugadores que luchaban inútilmente contra la frustración de no poder alcanzar en los últimos instantes del partido un empate agónico ante *La Quebrada*. Cerca del final, el Toro regresó al banquillo desde el vestuario luego de bañarse. El entrenador lo había reemplazado faltando unos veinte minutos cuando *El Nápoli* se imponía cómodamente 4 a 2.

-¿Qué pasó Gordo? Escuché varios goles -preguntó el Toro a Emiliano, quien se alejaba cada vez más del descontrolado Leopoldo.

-Nos vacunaron.

-¿Cómo vamos?

-Perdemos cinco a cuatro -respondió el Gordo tomándose la cabeza.

-¿Cómo puede ser?! Si cuando me fui a bañar íbamos dos goles arriba.

-Y bueno... así es *El Nápoli*.

-Es una cosa increíble.

Rafa estaba sentado en un extremo del banco sin querer mirar hacia el terreno de juego. Las bromas con Emiliano ya habían sido abandonadas porque el horno no estaba para bollos. Y menos cuando el partido terminó con una derrota impensada porque el equipo había jugado realmente bien, poniéndose 2 a 0 y luego 3 a 1 en un primer tiempo brillante del Toro, quien había anotado dos goles. Los otros dos tantos estuvieron a cargo de Julián y Juan, quien se desbocó en el festejó el 4-2 creyendo que iba a ser definitivo.

Luego del pitazo final del árbitro, Rafa entró a la cancha a darle ánimo a sus compañeros, en especial a Marcos y Andrés, quienes se habían quedado tendidos en el pasto con lágrimas en los ojos ya que con la derrota consumada, más allá de la manera en la que se había dado, el equipo se despedía definitivamente de la pelea por el campeonato.

-Che, Rafa, me parece que esta va a ser otra noche para arrancarse la cabeza, ¿no? -comentó Emiliano cuando ambos jóvenes caminaba rumbo al vestuario.

-La verdad es que es ideal, pero no puedo.

-¿Por? ¿Qué tenés que hacer?

-Tengo que ir a verla a Cintia.

-¿Pero no te habías peleado? ¿O te arreglaste?

-No, no, seguimos peleados, pero me llamó para hablar porque hace unos días nos volvimos a encontrar, sólo para salir y pasar la noche.

Emiliano no dijo más nada porque, al igual que Rafa, conocía cuál iba a ser el contenido de esa charla que la exnovia de su amigo le estaba proponiendo y ambos partieron cansados y en silencio junto al resto del equipo.

Cintia esperó a Rafa sentada en una de las mesitas del *minishop* de la estación de servicios en la que la joven acababa de terminar su turno. Cuando él entró, la vio junto a la ventana, mirando hacia la playa, donde muchos automovilistas, en especial los más jóvenes, aprovechaban las últimas horas de la tarde para cargar sus tanques y así no perder tiempo durante la salida del sábado a la noche. Era difícil para él volver a caminar ante un tribunal que ya había llegado a un veredicto condenatorio, inapelable. Pero la costumbre, esta vez le dio una mano para mantenerse con la frente en alto. Se acercó mostrando cierto orgullo y dignidad por más que ya las había perdido cada vez que ella, luego de la separación, lo había llamado cuando se sentía sola.

-Hola. ¿Cómo estás?

-Bien ¿Vos? ¿Cómo les fue hoy en el partido?

-No me hagas acordar. Perdimos cinco a cuatro.

-¡Uy, qué garrón!

-Sí, ni hablar.

Rafa hizo una pausa y miró hacia el mostrador buscando a la mesera para que le trajera un café con leche, pero la compañera de Cintia estaba ocupada hablando por teléfono y no le prestó atención.

-Ya te vio Rafa.

-No, no me vio.

-Bueno, no importa. Tampoco es que vamos a estar acá mucho tiempo.

-Está bien. ¿Qué querías decirme? ¿Para qué me llamaste?

-Me parece que lo mejor va a ser que no nos veamos más ni que volvamos a hablar.

-¿Por qué? No me vayas a decir que te volví a presionar.

-No es eso. Es que no quiero sentirme mal usándote. Vos seguís enganchado y yo no. Y eso no es justo.

-Seguro que no. Pero yo prefiero tenerte así que no tenerte del todo. Te necesito.

-No, Rafa. Ya no me necesitás.

-Claro que sí. Vos me bancaste en mis peores momentos, ¿y ahora?

-Pero eso ya pasó. Ahora vos tenés tu trabajo nuevo en el colegio, además del club. Estás por terminar el Profesorado. O sea que estás bien. Hasta mejor que yo, podría decirte.

-No es así. Yo sé que tenés problemas en tu casa por lo de tu hermano pero no podés ver todo tan negativo ni aislarte del mundo. Dejá que te den una mano.

-Pero vos no podés ayudarme.

-¿Por qué no?

-Porque no te quiero más como antes. ¿Entendés?

-Pero podemos seguir siendo amigos. Así sí puedo ayudarte.

-¿Querés ayudarme?

-Claro.

-Bueno, entonces respetá mi decisión y dejemos de vernos. Por favor.

-Está bien. Si eso te hace mejor -asintió Rafa aguantándose las lágrimas.

En frente, Cintia estaba con sus ojos vidriosos y su corazón lleno de culpa. Y no dijo más nada. Todo se había acabado.

Rafa abandonó la estación de servicios con esa certeza. Ya no había caso en insistir. Y recordó la frase que siempre utilizaba Emiliano: “Es al pedo re empujar cuando la pija es corta.”

El breve camino desde la estación de servicios hasta su casa fue para Rafa cuesta arriba y con obstáculos. Cuando entró, se dirigió a la cocina a tomar un vaso de agua para sacarse la angustia atragantada. Se sentó a la mesa y dejó hacer el vaso pesadamente. El ruido del vidrio golpeando sobre la madera llamó la atención de su madre, quien bajó rápido las escaleras y encontró a su hijo con ambos codos apoyados sobre la mesa y su cabeza entre las manos extendidas. El joven tenía la mirada perdida.

-¿Qué pasa hijo? –la mujer apartó una silla para sentarse al lado de Rafa.

-Nada, má. Nada.

-Te peleaste con Cintia, ¿no? –insistió ella al tiempo que se acomodaba en su asiento.

-Sí, pero no quiero hablar ahora.

-Bueno, hijo, no te pongas mal. Seguro que va a ser para mejor.

-¿Cómo sabés?

-Porque ella no era una chica para vos. Creeme que los dos van a estar mejor cada uno por su lado.

-No lo creo, má.

-Esperá que pase un poco el tiempo y vas a ver que tengo razón. ¿Querés que ponga el agua para un té? –Elena se puso de pie y se dirigió hacia la cocina.

-Siempre querés tener razón -respondió Rafa y después bajó la mirada.

-No siempre. Pero es cierto que casi nunca me equivoco.

-¿Lo decís por Cintia?

-¿Y por quién sino? Cuando vino a cenar y apenas la vi, supe que te iba a hacer sufrir e intenté decírtelo pero vos no me quisiste escuchar.

-No es que no quise. Simplemente estoy harto de escuchar cómo te quejás de todo lo que hago. Yo no sé por qué, pero no fue a vos a quien lastimé ni robé. Es como si para vos mi condena fuera perpetua.

-Yo no soy la que te castiga. Ése sos vos mismo.

-¡No lo puedo creer! Es la primera vez en la historia que una madre no defiende a su propio hijo.

-Yo siempre te defiendo. ¡¿Qué decís?! -exclamó la mujer, quien sacó la pava del fuego y se quedó parada, apoyando su espalda contra el borde de la mesada.

-¿Ahí, sí? ¿Y por qué después de tantos años recién estamos hablando de todo este asunto? Siempre actuaste como si nada hubiera pasado. ¿Y para qué? ¿Para cuidar la imagen de la familia?

-No me trates de hipócrita porque no lo soy. Además, ¿qué pretendías? ¿Qué gritara a los cuatro vientos que se trataba de una injusticia y vos eras un buen chico, esperando que nos vinieran a ayudar?

-No sé. Pero seguro que hubiera sido mejor que escuchar como chusmeaban en el barrio diciendo cualquier pelotudez y yo tener siempre que hacerme el boludo y vivir en la mentira permanente.

-No es tan así. Todo esto no fue nada fácil para ninguno de la familia.

-¿Sabés qué, má? No puedo seguir escuchándote. No puedo aceptar que te hagas la víctima cuando en tu vida siempre tuviste todo servido.

-¿Y yo no te traté igual? ¿Alguna vez te hice faltar algo? ¿Un plato de comida, ropa, estudios?

-No, má. Nunca me faltaron esas cosas. Pero si otras más importantes.

-¿Cómo cuáles? A ver...

-No sé, má. Alguna que me evitara sentirme una mierda, como ahora.

-Si te sentís así no es por mi culpa. Yo no te obligué a hacer nada malo. Eso lo hiciste vos solito.

-Ya lo sé. No tenés que repetírmelo porque me lo voy a acordar hasta el día que me muera.

Rafa miró a su madre y estuvo convencido de que ella estaba sintiendo lástima por él, igual que el joven lo hacía por sí mismo. Se paró, resignado, y se fue de la cocina sin decir más nada. No tenía caso.

Los siguientes dos meses fueron positivos en otros aspectos para Rafa ya que siguió aprobando materias y el equipo cosechó cuatro victorias seguidas hasta el final del torneo, acabando en la cuarta posición, con el 66 por ciento de los puntos y con Claudio como goleador con 17 tantos, más de uno por partido. Además, el grupo se afianzó con la incorporación de Eduardo Marino, un amigo del goleador, quien en la racha final marcó un tanto, al igual que Emiliano, que marcó dos, y Daniel uno, luego de que éste regresara de España donde no permaneció más de diez semanas ya que no pudo adaptarse a la vida allá. “Pasa que el Mallorca no quiso pagar el pase”, bromeaba el volante cada vez que alguno, sorprendido, le preguntaba por qué aquella estadía había sido tan breve. “Me parece que sólo quería que te hicieran una despedida”, chicaneaban sus amigos.

## X

*El Nápoli* arrancó el Torneo Clausura con una buena victoria ante un gran rival como *Barrancas*. Fue 3-2 con goles de Emiliano, Claudio y Leo. Luego, vino una derrota 1-2 frente al *Puente*, con un tanto de Eduardo, quien arrancaba casi siempre como suplente pero que empezaba a mostrar una alta efectividad en las redes. Pero la caída se superó la semana siguiente con un triunfo por 3 a 1 contra *Atlético Santa Fe*. En esa ocasión marcaron Nazareno, Julián y Emiliano.

El sol primaveral y los resultados positivos le arrancaban una sonrisa a todos los jugadores, sobre todo, a los más jóvenes, incluyendo a Rafa. Era tal la motivación que ante el fin de semana largo por el feriado del Día de la Raza, los chicos decidieron no irse a la costa como se solía hacer. Es que el próximo rival era, ni más ni menos, que *Gavilán*, y los napolitanos debían ganar para desquitarse de su clásico contrincante y seguir prendido en la lucha por el campeonato.

A pesar de que se había comprometido a no irse de viaje, Rafa llegó tarde al club aquel cálido sábado. La noche anterior había salido con Emiliano y Vicente a recorrer varias fiestas y bares de Quilmes y Berazategui, pero no había podido seguirle el ritmo a aquellos dos. Es más, se había ido a dormir sumamente borracho y solo, mientras que sus acompañantes siguieron recorriendo las barras en busca del enésimo fernet de la madrugada. Parecía evidente que a nuestro protagonista el tiempo que había pasado en Varela y su noviazgo con Cintia le habían reducido su capacidad de beber, por lo que terminó desmayado sobre su cama. Su inconciencia transitoria le impidió escuchar el despertador y así llegó a la cancha 2 cuando estaba por finalizar el primer tiempo.

El equipo se había puesto en ventaja dos veces con goles de Julián pero los rivales habían alcanzado el empate en ambas ocasiones, aprovechándose de tener un

jugador más ya que los napolitanos habían sufrido una expulsión por juego brusco, algo bastante habitual en este tipo de partidos.

Leopoldo estaba tan compenetrado con las alternativas del intenso encuentro que ni siquiera se dio cuenta del momento en que llegó Rafa, aunque recordaba perfectamente que no había estado presente en el vestuario cuando dio a conocer los 11 titulares, que eran casi siempre los mismos y entre los cuáles no solía aparecer el joven. El entrenador uruguayo había tenido algunos inconvenientes con el recambio de la formación inicial ya que en *El Nápoli* siempre se había buscado el difícil equilibrio entre formar un conjunto ganador y uno en el que jugaran todos. En una oportunidad, el DT, con su habitual euforia y verbosidad, había preguntado en una charla técnica: “¿Ustedes quieren ganar?”. Todos dijeron que sí, a lo que Leopoldo respondió: “Bueno, entonces, vos Pedro no jugás.”

Aquel comentario fue uno de los detonantes de la partida de dicho jugador de las filas del equipo, pero no la única muestra del exitismo exacerbado de Leopoldo, quien, en una ocasión puso a Eduardo de carrilero y a los cinco minutos lo sacó porque el volante rival que iba por su costado le había ganado las espaldas reiteradas veces, lo que era lógico ya que no era el puesto habitual o más acorde para dicho jugador.

Lo cierto es que cuando el entrenador vio a Rafa cambiado en el banco de suplentes no sabía si recién había llegado o si lo había hecho bastante tiempo antes. Por lo que la demora del joven quedó disimulada en una nebulosa.

-¿Qué pasó vieja? ¿Mucha resaca? -bromeó Emiliano en voz baja al pararse al lado de Rafa mientras los jugadores hacían la ronda del entretiempo esperando la charla del técnico.

-¡Shhh! -lo espetó el joven, quien luego abrazó a su compañero y ambos de rieron. La capacidad del Gordo para salir la noche anterior, dormir casi nada y ponerse los botines era asombrosa.

Por su parte, Rafa sabía que a raíz de sus acciones de ese mediodía no iba a jugar ni un minuto. De todos modos, se quedó preparado, más atento más a las necesidades de sus compañeros que las del entrenador.

El segundo tiempo del encuentro arrancó muy peleado. Con el correr de los minutos se sucedieron las infracciones violentas y el árbitro volvió a sacar dos tarjetas rojas; esta vez, una para cada lado. Nueve contra diez se hizo muy difícil para los napolitanos que sintieron el esfuerzo y, de a poco, se fueron refugiando en su arco para sostener el empate. El bastión de la resistencia fue el Toro quien, devenido a un improvisado zaguero central, sacó todo de arriba y de abajo, y, como si eso fuera poco, le quedó resto para salir jugando. En un momento se acercó a Andrés, que estaba jugando de volante central, y le dijo: “Vos escuchame a mí. Haceme caso.” Acto seguido, el Toro le indicó exactamente dónde se tenía que parar y la pelota que venía viajando por al aire desde el otro extremo de la cancha cayó justo en los pies del cinco.

Gavilán se fue al ataque con casi todos sus jugadores y los napolitanos respondieron con acciones heroicas y contragolpes. Se consumieron los minutos y llegó el tiempo de descuento. La tensión mantenía a todos en el límite. Es más, en los bancos de suplentes los jugadores y técnicos estaban parados, caminaban de un lado a otro y no paraban de gritar. Hablaban y se movían casi tanto como los que estaban dentro del terreno de juego.

Hasta que un rechazo más partió de la defensa del *Nápoli* y la pelota cayó llovida unos pocos metros más delante de la mitad de la cancha, por la franja izquierda. Gabriel la corrió, filtrándose entre el lateral derecho y el marcador central que se quedó

parado con la mano en alto reclamando un *off side* inexistente. El volante ofensivo la dominó, la volvió a adelantar suavemente porque picaba alto por las irregularidades del suelo y cuando levantó la mirada estaba mano a mano con el arquero, que había salido desesperado a achicar. Pero el guardavalla se quedó a mitad de camino, lejos de la pelota y del área, por lo que Gabriel pateó por arriba. El balón superó fácilmente el cuerpo del arquero y después pico una vez justo antes de la línea y finalmente entró al arco: ¡Golazo!

El tanto desató una locura que invadió la cancha. El goleador se sacó la remera y empezó a correr como un desquiciado, al tiempo que sus compañeros lo perseguían para abrazarlo. Cuando lo alcanzaron, lo tumbaron. Los suplentes, con Juan, Rafa y Emiliano a la cabeza, se sumaron a la pila de jugadores. Mientras tanto, el marcador central de *Gavilán* le gritaba, entre lágrimas, al juez de línea: “¡Pero era *off side*!, ¡era *off side*!”. Aquel muchacho estaba desencajado, con su rostro todo enrojecido y sin poder dejar de pensar que en el momento más caliente del partido, Claudio, que era el delantero al que marcaba, le había dicho, a modo de broma de mal gusto, que conocía con quien lo engañaba su novia sólo para hacerle perder la concentración.

Después de aquel inolvidable gol no quedó tiempo para casi nada más y *El Nápoli* selló una victoria inolvidable que lo depositaba cerca de la cima de la tabla de posiciones y de la historia grande del equipo.

Las piernas le pesaban cuando entró a su habitación, por lo que se derrumbó en su cama sin que el cuerpo intentara algún movimiento en contrario. Estaba agotado y, para colmo de males, su esfuerzo había sido en vano porque *El Nápoli* acababa de perder 4 a 2 frente al *Naranja* y así la punta del campeonato quedaba muy lejos. Pero si de notables esfuerzos con final triste se trataba, ¡ay Polaco! El arquero había marcado

un gol de arco a arco y sin embargo tuvo que soportar que le convirtieran cuatro veces y sufrir una dura derrota.

Antes de acostarse, Rafa había cerrado la puerta porque no quería escuchar a ninguna de las otras personas de su casa, en especial, a su madre, quien estaba en el living recibiendo la visita de su hijo favorito y la familia de éste. Aquella tarde, el joven deseó como nunca tener un departamento para él solo y así poder vivir bajo sus propias reglas. Pero no disponía del dinero suficiente más allá que el trabajo en el colegio era bueno y continuaba en *Scampia*. Confiaba en que la clave de su progreso económico iba a ir de la mano del académico ya que en cuanto se graduase de profesor recibiría un buen aumento en la escuela. Sin embargo, para lograr eso todavía faltaba recorrer un largo trecho.

Durmió profundamente, como siempre que lo hacía en su cama, aunque no supo por cuanto tiempo, hasta que su madre golpeó a su puerta para decirle que tenía un llamado telefónico que atender. Con la vista nublada, miró por la ventana y vio que ya estaba oscuro, por lo que la noche estaba cerca. Se paró con dificultad y sintió un súbito mareo, tras lo cual caminó lentamente hasta la puerta.

-¿Quién es má? -preguntó a Elena al entornar la puerta.

-Una chica. Creo que Cintia. Pero no estoy segura.

Rafa se quedó parado unos instantes, confundido. No se le ocurrió razón alguna por la que su exnovia estuviera llamándolo. Y como era sábado, no descartó que se tratara de alguna compañera del Profesorado.

-¿Papá está abajo con ustedes?

-Sí, ¿por qué?

-Así atiendo en el estudio. Permiso.

El joven fue hasta la oficina de su padre, se sentó en la silla de cuero reclinable con la que tanto le había gustado jugar de niño y levantó el tubo del teléfono. Efectivamente se trataba de Cintia.

-¡Hola! -arrancó la chica como si nada.

-Hola Cin.

-Llamé para saludarte porque hacía tiempo que quería saber de vos. Espero que no te moleste.

-No, no. Sólo me sorprende un poco. Nada más.

-¿Y a vos no te interesa saber de mí?

-Perdón. Me quedé colgado. Pero sí, seguro que me interesa ¿Cómo estás?

-Bien. Por suerte.

-Me alegro. En serio.

-Sé que es así.

-¿Qué cosa?

-Que te alegres de que yo esté bien.

-Bueno, a pesar de todo lo que pasó, no me olvidé de vos.

-Yo tampoco.

Rafa sabía que lentamente estaba quedando atrapado en la telaraña que Cintia tejía a su alrededor, pero ya estaba cansado de no obtener nada a cambio, por lo que dejó de lado su orgullo y, sin medir las consecuencias, avanzó por el camino que ella esperaba. Claramente, la joven estaba por pasar una noche de soledad mientras que las demás chicas de su edad se preparaban para salir a divertirse, con un novio o entre amigas. Y como ella no tenía ninguna de las dos cosas...

-¿Querés que nos veamos? Podemos ir a tomar algo -propuso él.

-Dale. Me gustaría.

Rafa quiso pasarla a buscar por la casa pero ella dijo que prefería que se encontraran en un lugar del centro de Quilmes, como si quisiera marcarle la cancha a su ex, quien aún tenía el corazón averiado y era presa fácil.

Cintia entró al bar y Rafa la vio más linda que nunca. Con un pantalón de jean ajustado y una remerita blanca también bien pegadita al cuerpo. Llevaba el pelo largo y suelto, con unas hebillas que le recogía el flequillo y lo tiraban hacia atrás, permitiendo que el rostro le quedara despejado. Hacía calor, por lo que la joven calzaba unas sandalias sencillas que le hacían juego con la remera y el cinturón. Y entre éste y el comienzo de la remera se podía observar la pancita chata y un ombligo pequeño con *piercing*.

Los exnovios bebieron una cerveza sin apartar la vista el uno del otro, hablaron un poco de las novedades de sus respectivas vidas y al rato se dirigieron al hotel alojamiento más cercano.

El encuentro sexual fue apasionado y corto. Pero lo peor fue que le dio un martillazo en la cabeza a Rafa. Mientras los dos yacían desnudos y sudorosos en la cama, él se dio cuenta de que todavía amaba a Cintia, más allá del esfuerzo que había hecho por olvidarla y de todas las mentiras que se dijo a sí mismo para convencerse de que lo había logrado.

“¡Cómo te extrañé!”, expresó él mientras abrazaba a Cintia, quien no dijo nada y lo besó en la boca. Rafa entendió el mensaje, que era exactamente el mismo desde el momento en que ella lo había llamado por teléfono, así que también eligió el lenguaje corporal.

El poder de la negación prevaleció sobre la obtusa perspectiva de la realidad de ambos jóvenes, por lo que al salir del hotel, él se ofreció acompañarla y ella primero no

quiso. Pero insistió en que era tarde y peligroso, a lo que Cintia aceptó, aunque sólo hasta la esquina de su casa. Cuando llegaron, ella lo besó fuerte y él le propuso hablar para volver a salir alguna vez. Ella estuvo de acuerdo.

“¡Cómo juega Julián!”, señaló Emiliano mientras se sentaba agotado delante de Rafa, Andrés, Nazareno y Marcos, quienes empezaban a degustar unas cervezas y unos sándwiches de bondiola de cerdo en el buffet del club. *El Nápoli* acababa de ganar 7 a 1 a *Los Distintos* con cuatro goles, más bien golazos, de su delantero estrella. Otros dos los había marcado Eduardo y el restante Leo. El equipo estaba en alza después de la derrota ante *El Naranja* ya que en la fecha siguiente se impuso 4-1 sobre *Doble Visera*. En aquel encuentro, Julián también había convertido y se perfilaba para ser el goleador del conjunto napolitano.

-Es una bestia, loco. En uno de los goles, no me acuerdo cuál, que se gambeteó a medio equipo contrario, la tiraba larga y parecía que no iba a llegar nunca, pero llegaba igual -apuntó Nazareno.

-Ustedes no sé si lo llegaron a escuchar, pero en el gol que hizo desde el borde del área, arrancando desde el costado, yo iba atrás de él, pidiéndosela y justo antes de patear, después de haber gambeteado al último defensor, dijo en voz baja: ‘Tomá arquero’ Y se la clavó en el ángulo ¡Un fenómeno! -contó Emiliano.

-¡¿En serio?! No te la puedo creer ¡Qué zarpado! -acotó Andrés.

Los chicos permanecieron un rato más saboreando aquel triunfo que les permitía seguir con chances de alcanzar la punta. El sol apretaba y las cervezas fueron sucediéndose una tras otra hasta que el cansancio ganó por goleada y decidieron partir. En el camino hacia los autos, a paso lento, Emiliano cambió de tema.

-Che, ¿qué van a hacer esta noche? ¿Hay algún plan?

-Yo salgo con Maca -respondió Nazareno.

-Y yo con Maru -indicó Marcos.

Los hermanos Giannini, casualmente, estaban de novios desde hacía años con Macarena y Marina, dos hermanas de un amigo en común que los jóvenes tenían en Ranelagh, pero casi nunca salían los cuatro, aunque siempre se cruzaban en la casa de sus suegros.

Emiliano sabía que no iba a convencer a los hermanos de que desistieran de sus planes, por lo que miró a Andrés y a Rafa esperando que alguno de ellos le tirara un centro.

-Yo salgo, no tengo drama -dijo Andrés.

-¿Y vos? -preguntó Emiliano a Rafa.

-No puedo, che. Perdón.

-¡Dale loco! Ni que tuvieras que salir con una mina o con tu novia como estos dos hermanos. Miralo a Andy, está solo y se la banca.

-Es que, justamente, tengo una cita.

-¿Con quién?

-Con Cintia.

-¿Tu ex?

-Sí.

-Bueno. Mejor no digo nada. Me voy -sentenció Emiliano, parte en broma, parte en serio, al tiempo que Andrés bajó la vista y calló. Nazareno y Marcos también partieron en silencio. Todos ellos, incluso el Gordo, alguna vez habían actuado del mismo modo que lo hacía Rafa.

En la semana, Rafa había acordado con Cintia de ir al cine, una salida que cuando eran novios habían disfrutado bastante. Se encontraron en la puerta de las salas del centro de Quilmes y fueron a ver una comedia romántica, del estilo que a ella le gustaba y que él odiaba ya que, por su experiencia, no encontraba nada cómico en el amor y esas historias le resultaban demasiado inverosímiles. Hubiera preferido ver “El Señor de los Anillos”, por ejemplo. Al menos nadie intenta convencerte de que no es ciencia ficción, pensó el muchacho mientras hacía la cola para comprar las entradas. Pero el joven quería cumplir con todos los deseos posibles de la chica para no entrar en conflicto y arruinar la cita. Durante el film, él intentó un par de veces tomarle la mano pero ella, si bien no la apartaba, tampoco movía los dedos para entrelazarlos con los de él.

Después de terminada la película, él le propuso ir a comer algo ya que todavía era temprano y la noche se prestaba para seguir paseando, a lo que ella le respondió que no tenía hambre porque se sentía pesada.

Ante esa situación, Rafa quemó su último cartucho y la invitó a tomar algo fresco, al aire libre. “Dale, mejor. Así podemos hablar tranquilos”, asintió ella.

Ya sentados en las sillas de lona y hierro, debajo de una sombrilla haciendo juego y en el patio pedregoso del bar ubicado a una cuadra del cine, justo en la esquina, se colocaron frente a frente y por unos segundos él la buscó con sus ojos mientras que ella evitó el cruce de miradas.

-¿Qué pasa? -el joven comenzaba a irritarse.

-Pasa que me parece que lo mejor va a ser que no nos sigamos viendo.

-Te pregunté si esta situación te molestaba y me dijiste que no. Hablamos, te invité a salir y aceptaste. ¿Por qué ahora tenés esta actitud?

-Porque todo esto es muy confuso, ¿entendés?

-¿Pero confuso para quién? ¿Para vos?

-No, ése es el punto.

-¿Para mí, entonces? ¿Y cómo sabes?

-Rafa, yo no quiero que volvamos a ser novios y vos tenés la esperanza de que sí. Y no quiero lastimarte más.

-Pero yo sé cuidarme solo. No te preocupes por mí.

-Yo sé que la pasaste mal cuando te dejé la primera vez y no quiero que vuelvas a pasar por eso.

-Mirá, no sé qué crees vos que sabés de mí, pero te juro que he pasado por cosas peores y sobreviví. En serio.

-Rafa, dejate de joder. Hablé con Andy hace unas semanas.

-¿Con Andy?

-Sí. Me lo encontré de casualidad en el centro de Quilmes.

-Ah, cierto me contó. ¿Y qué te dijo?

-Nada.

-No, ahora contame.

-Preguntale a él.

-Pero él no está acá en este momento.

Rafa ya estaba enojado, no con su amigo y compañero de equipo, sino con Cintia y, sobre todo, con la situación de la que él mismo era cómplice.

-Me dijo que no te volviera a lastimar. Eso fue lo que me dijo.

-¿Y qué? ¿Después de eso fue que decidiste llamarme? ¿Por lástima?

-No fue por eso. Quería saber cómo estabas y cuando hablamos me sentí bien, como cuando éramos novios. Y, al principio, te noté bien a vos y supuse que ya habías superado el tema. Por eso acepté que saliéramos.

-Entonces, ¿cómo llegamos a este punto?

-En la salida del otro día que dormimos juntos me di cuenta de que queremos cosas distintas. Y quise salir hoy para decírtelo en persona, no por teléfono.

-Está bien. Te entiendo. Aunque no creo que sea ése el único problema.

-No hay otro tipo, te aclaro, por si lo estás pensando.

-No sé. Ni me corresponde. Ya no somos nada. Así lo quisiste vos.

-Bueno, no te enojés. Ya tengo muchas caras de culo en casa.

-Sí, lo sé. Quedate tranquila que no te voy a volver a molestar.

Rafa pidió la cuenta, pagó la cerveza y ambos se fueron caminando hasta la parada de colectivos. En el trayecto hablaron de otros tópicos: él le contó del triunfo del equipo de aquel sábado y ella le dijo que su hermano estaba con fiebre y fuertes dolores de cabeza, por lo que en la semana iba a llevarlo al médico.

## XI

Rafa estaba tirado en la cama, sin ganas de nada. Aquella actitud le hizo recordar su paso por Varela, donde se cansó de cosechar odio y dolor, sentimientos que luego expresaba solamente en los entrenamientos físicos, como si se tratara de una terapia, en vez de tratarlos en las sesiones con los psicólogos o, simplemente, de procesarlos en su mente. Es que el joven había aprendido a bloquear sus ideas y pensamientos para después dominarlos y dejarlos encerrados en el arcón de los viejos e inútiles recuerdos. Claro que no eran viejos, inútiles ni, mucho menos, quedaban ocultos. Pero el auto engaño le resultaba mucho más cómodo y práctico. Hasta que un día, en una de sus salidas de fin de semana, leyó una nota en el diario que decía lo bueno que era para chicos como él estudiar alguna carrera para desarrollar la mente y poder crecer mejor y dejar atrás aquel mal ambiente.

Mientras todos estos pensamientos le rondaban por la cabeza, en la casa había un silencio sepulcral. Ya era tarde y sus padres dormían mientras que él ya no deseaba mirar televisión ni escuchar música. Ni que hablar de los libros; no los pensaba ni tocar. Así, su habitación se convirtió en un gran ataúd y no importaba las características de ese dormitorio ni cuán diferentes eran de otros espacios que había ocupado, como el de Varela, sino que la cuestión radicaba en lo que él percibía en esos lugares. Por ello, esa misma sensación de encierro y muerte se hubiera producido exactamente en una isla desierta.

La monotonía de aquella medianoche se rompió con el timbre del teléfono. Se incorporó rápidamente y corrió hasta el estudio para atender antes de que se despertaran sus padres. Pensó que podría ser alguno de los chicos que lo invitaba a una salida nocturna. Pero cuando atendió era la voz de una mujer y no una cualquiera.

-Hola Rafa. Perdón por la hora. ¿Estabas durmiendo? -dijo Cintia apurada.

-No, no ¿Qué pasó? ¿Estás bien?

-Más o menos. Internaron a mi hermano

-¡Uh, que cagada! ¿Qué le pasó?

-Mirá, los médicos no saben bien. Fue algo repentino y le agarró fuerte.

-¿Pero tiene que ver con su problema?

-Creen que no, que es algo nuevo, pero que se le complica por su enfermedad.

-¡No te la puedo creer!

-La verdad es que no sé qué hacer y necesitaba contárselo a alguien. Espero que no te moleste.

-Para nada, Cin. Contó conmigo para lo que necesites. Cualquier cosa.

-Gracias. Lo sé –afirmó la joven un poco más tranquila.

-¿Y tu mamá?

-Ella se quedó en el hospital. Yo vine para casa a prender las luces y ordenar un poco, y en un rato me vuelvo para allá, para hacerle compañía.

-¿Querés que te acompañe?

-No, no hace falta. No te preocupes. Yo, si llego a necesitar algo, te aviso.

Gracias igual.

-Bueno, como quieras.

-¿Vos cómo estás?

-Yo bien. Laburando bastante pero ya quedan pocas semanas de clases así que...

-¡Qué bueno!

-Sí, tendría que ponerme a preparar los finales, pero estoy muy cansado.

-¿El sábado jugás?

-Sí, sí. Tenemos que ganar para seguir peleando ahí arriba.

-Bueno, suerte.

-Gracias.

Rafa y Cintia se quedaron sin saber qué decir, incómodos. Y tras unos segundos, que como siempre en esos casos parecen horas, ella se despidió y le prometió que lo iba a mantener al tanto de la situación de su hermano.

Al día siguiente, Rafa no se aguantó y después de cursar en el Profesorado pasó por el hospital para ver a Cintia y saber cómo evolucionaba el hermano de la joven. Claro que ella, al verlo transitar por el pasillo que conducía a la sala de terapia intensiva, no se sintió muy contenta. Al contrario.

-¿Qué hacés acá Rafa?

-¿Cómo está tu hermano?

-Mal.

-¿Qué dijeron los médicos?

-Dicen que los estudios dieron que tiene leptospirosis.

-¿Y eso qué es?

-Una enfermedad que transmiten las ratas, parecida al hantavirus pero más fuerte.

-¿Y cómo se lo agarró?

-Mi vieja dice que por ahí fue cuando hace unos días fue al arroyo con unos chicos del barrio a pescar renacuajos y mojarritas.

-¿Y qué tiene que ver eso con las ratas?

-Según los médicos, en el agua podrida pudo haber estado el pis o la caca de la rata, que es por donde viaja el virus. Si vos tocas eso, te contagiás a través de la piel, o algo así.

Rafa no entendía mucho de lo que le acababan de contar pero sí tenía en claro que el hermano de Cintia era una persona con mucha, pero mucha mala suerte.

Cintia, en tanto, estaba destrozada, al igual que su madre, quien ya no sabía qué hacer. Tantos años luchando contra las limitaciones propias y ajenas para conseguir un remedio o algún tratamiento barato para mejorar, aunque sea un poco, la calidad de vida de su hijo y, sin embargo, el paciente ya estaba sentenciado. Y todo apuntaba a que, por una enfermedad u otra, no iba a salir del hospital.

Cuando Rafa entró a ver al enfermo, gracias al permiso que le dio su exsuegra, quien parecía menos molesta con su presencia que su hija, se estremeció. Gustavo estaba amarillo, hinchado y entubado. Apenas se acercó a la cama y, como estaba durmiendo, no tuvo que hablarle ni tocarlo. Así que permaneció unos instantes junto a la cama del paciente y luego salió rápido del lugar.

Antes de abandonar el hospital, Cintia la agradeció la visita pero le recordó que no era necesaria su presencia allí. Entonces él le pidió disculpas y le explicó que no quería molestar a nadie pero que tampoco podía evitarlo porque apreciaba a su hermano. Después se fue al club a trabajar y a la noche entrenó junto al equipo con miras al partido decisivo del sábado, aunque le costó concentrarse.

“¿Qué pasó? ¿Dónde está? ¿Se fue?” preguntó Rafa, nervioso, a Nazareno y Marcos sobre Andrés, mientras Claudio y Eduardo trataban de dialogar tranquilamente con Leopoldo. El clima post partido estaba muy tenso ya que el volante y el entrenador se habían peleado en el entretiempo del encuentro que, finalmente, *El Nápoli* perdió 6 a 3 frente al *Rayo*, el mismo rival al que en el Apertura había goleado 5-0.

-Vos sabés que Andy es un calentón. Encima perdimos. Se debe querer matar - respondió Nazareno.

-Pero, ¿qué fue exactamente lo que pasó? Porque yo estaba lejos y no escuché la discusión.

-Fue así: en el entretiempo, Leopoldo le dice a Andy algo que tenía que hacer, si cambiar de frente más rápido o no sé qué, y Andy le dijo que no podía; entonces Leopoldo le dijo 'vos no tenías calidad' y ahí Andy se re enojó, y casi le pega.

-Sí, sí, eso alcancé a ver.

-Lo tuvimos que frenar.

-¡Qué zarpado los dos!

-Sí, igual Andy no tendría que haber reaccionado así y después irse al carajo. Todos estamos calientes. Perdimos una chance clave -intercedió Marcos.

-Voy a ver si lo llamo al celu -dijo Rafa mientras sacaba de la mochila un teléfono grande y cuadrado.

-¡Epa! ¿Por fin te modernizaste? -bromeó Nazareno.

-Me lo regaló mi vieja. Como ando de acá para allá, y vuelvo tarde, así me puede controlar mejor.

-Está bien. No quiere que te pase nada malo.

-No creo. Me parece que se quiere asegurar que yo no me mande ninguna cagada.

Rafa insistió varias veces al celular de Andrés, quien tampoco era un fanático de esos teléfonos, pero aquel no le contestó. Seguramente lo había apagado porque no quería seguir hablando en caliente.

El joven partió junto a los hermanos Giannini, Gabriel, quien estaba contento por haber marcado uno de los goles aunque sea en una derrota, y Emiliano. Los otros dos tantos los habían conseguido Julián y Claudio.

Por el otro lado, Leopoldo se había retirado antes junto a los jugadores más grandes. Había quedado bastante claro que en los partidos trascendentales, el estado de ánimo del conjunto napolitano se crispaba y eso afectaba notoriamente su juego. Aunque después de un rato de enojo, descontrol e impotencia devenía otra vez la calma y la tranquilidad, como en una profunda marea celeste.

Frustrado. Así llegó Rafa a su casa. Su madre dormía la siesta y su papá estaba en el estudio luego de haber almorzado temprano. Apenas cruzó la puerta y apoyó la mochila en el piso de la cocina fue a abrir la heladera en busca de un poco de agua fría. Y mientras bebía sonó el teléfono. Atendió y del otro lado escuchó una voz femenina que inicialmente no reconoció. Era Aurora, la tía de Cintia, a quien nunca había escuchado en persona, sólo visto en fotos, y que llamaba para avisarle que su sobrino había muerto.

-Yo sé que estuviste acompañando a Cintia y a mi hermana en el hospital, y me pareció que tenías que saberlo.

-Gracias por avisarme.

-De nada.

-¿Y cómo está Cintia?

-Muy mal. Se fueron a la casa de mi hermana y están las dos encerradas allá.

Dijeron que iban a salir cuando empezara el velatorio.

-¿Dónde es?

-La cochería que está sobre Dardo Rocha, cerca del Triángulo, ¿te ubicás? A eso de las ocho vamos a ir.

Rafa cortó la comunicación sabiendo que no tenía que avisarle a nadie sobre lo ocurrido si es que pretendía llegar ileso al velorio. Entonces se dio una ducha rápida y enseguida se fue sin hacer mucho ruido y antes de que su madre despertara.

Si bien el trayecto hasta la casa fúnebre era corto, al joven le resultó un viaje fugaz por la tensión y ansiedad que le brotaban por los poros. Es que sabía que estaba apostando sus últimas fichas...

Pero jamás imaginó que la jugada iba a resultar un desastre: cuando llegó hasta la puerta de la cochería, donde ya se habían reunido varias personas a las que no conocía, oyó un “bip”. Era su celular que le anunciaba que tenía un mensaje de voz. Es que en el viaje en colectivo no lo había escuchado sonar. Era su madre que le decía que Cintia lo había llamado a la casa para avisarle sobre el fallecimiento de su hermano. En ese momento, un escalofrío le recorrió el cuerpo porque no hubiera querido que su mamá se enterase de lo ocurrido. Ni deseaba imaginarse el tono de la conversación entre las dos mujeres. El mensaje de Elena era breve y se escuchaba mal, por lo que el joven la llamó directamente.

-Má, acabo de escuchar el mensaje. ¿Qué más te dijo Cintia? Porque no te escuché bien.

-Me pidió que te dijera que, por favor, no vayas al velatorio.

-¡¿Qué?! ¿En serio?

-Sí, hijo. Yo te hubiera dicho lo mismo. No tenés nada que hacer ahí. Y menos si no te quieren.

-Pero ya estoy acá.

-¡Ay, Rafa! Me lo imaginaba, pero como no estaba segura no le dije nada a Cintia.

-¿Y no le diste mi número de celular?

-No me parecía ubicado de mi parte.

-Bueno má, mejor no te metas. Yo me las arreglo. Chau.

Rafa cortó y al levantar la mirada se encontró con el padre de Gustavo y la tía Aurora, quien se veía igual que en el álbum familiar. No había vuelta atrás. Ya no podía irse de allí sin saludar.

Rafa estaba parado en la puerta de entrada a la cochería, bastante lejos de la sala donde velaban a cajón abierto los restos de Gustavo. Si bien ya había perdido la capacidad de impresionarse, no quería ver el cadáver todo maquillado y arreglado porque imaginaba que había quedado bastante maltrecho después de la enfermedad.

A la distancia pudo ver que el padre del chico estaba a un lado del ataúd y la tía Aurora del otro. El hombre le resultó muy reservado y la mujer exageradamente coqueta, dos características que no había encontrado antes en Susana, Cintia o el propio Gustavo. Como si estos tuviesen genes de familias diferentes.

Solo y pensativo aguardó en la escalera de la puerta de dos hojas de madera y no habló con nadie. Hasta que vio un Renault 9 detenerse en la ochava. Era un remís y a bordo iban Susana y Cintia. Ambas descendieron rápidamente y a Rafa se le detuvo el corazón y los testículos parecieron subírseles a la garganta. Las dos mujeres se tomaron fuertemente de las manos y antes de que los demás presentes se les acercaran para darles el pésame, comenzaron a caminar sin detenerse y con la mirada al frente, inmutables, hacia la sala donde estaba el ataúd.

Cuando pasaron por delante de Rafa, Cintia ni lo miró. Pero como la chica no había saludado a nadie, él no se lo tomó tan personalmente. Sin embargo, cuando el joven se animó a pasar a la misma habitación minutos después, ella se paró y lo interceptó antes de que llegara hasta el cuerpo. Casi sin hablar, le indicó que la acompañara afuera. Una vez allí, con la voz débil pero firme le dijo que no quería que estuviera allí.

-Te llamé justamente para pedirte que, por favor, no vinieras -lo retó ella.

-Sí, ya sé. Pero yo ya había salido de casa para acá. Me avisó antes tu tía.

-¿Y cómo tenía tu número?

-No sé. Pero si hubiéramos hablado antes, te juro que no venía. Lo que menos quería era molestarte.

-Igual, vos ya sabías lo que yo pensaba. Te dije lo mismo cuando fuiste al hospital.

-Tenés razón. Y si tanto te molesta mi presencia me voy. Quedate tranquila. Mandale saludos a tu mamá de mi parte.

-Perdón que sea así. Yo te agradezco el aguante pero no quiero que se vuelvan a mezclar las cosas entre vos y yo.

-Está bien.

-Me entendés, ¿no?

-No. Lo acepto, dada la situación. Pero no te voy a entender.

-Cuando pases por lo que yo estoy pasando, entonces sí lo vas a entender. Vas a ver.

-Espero que nunca tenga que pasar por algo así.

-Yo también. No se lo deseo a nadie. Ni a mi peor enemigo.

-Bueno, me voy.

Rafa se acercó hasta Cintia, colocó sus dos manos en ambos parietales de la cabeza de la joven y la besó en la frente, posando sus labios tanto en la piel como en el pelo. Luego, se apartó sin hablar y le dirigió una última mirada. Ella lloraba. Entonces, él finalmente se retiró.

## XII

La temperatura se clavaba como una lanza en llamas en el suelo nutrido de un pasto de un verde intenso que cubría casi por completo la cancha 2 del predio del viejo Rómulo. Un mediodía de pleno febrero no era el momento ideal para disputar un partido de fútbol pero *El Nápoli* estaba de pretemporada de cara a los partidos que habían quedado pendientes del Clausura y al arranque del Torneo Apertura 2004.

La derrota 2-4 ante *La Quebrada* en la fecha 13, la última del año anterior, había dejado al equipo sin chances de salir campeón. Tras la caída ante *El Rayo*, los napolitanos se habían recuperado con tres victorias y un empate pero las lágrimas de varios de los jugadores apenas concluyó el clásico ante el equipo de Roma y compañía dieron fe de que los números finalmente no cerraban. De todos modos, luego del receso estival, el objetivo era terminar lo más arriba posible en la tabla de posiciones. Y para eso había que prepararse bien.

El primer amistoso del verano lo había ganado 1 a 0 frente a *El Verde*, un equipo de otra categoría superior, con un gol del Cordobés, quien, en el siguiente encuentro contra *Los Robles* iba a ser una pieza clave en el desarrollo del mismo. Leopoldo había decidido para esa ocasión un esquema táctico con dos líberos y tres *stoppers*, algo poco usual en el fútbol mundial, ni que hablar para un conjunto acostumbrado a jugar con línea de cuatro.

Lo cierto es que apenas comenzó el partido, los cinco defensores (Julio, el Cordobés, Juancho, Vicente y Andrés) no podían encontrar su lugar en la cancha, por lo que los delanteros rivales comenzaron a generar peligro por todos lados.

“¡Salimos, salimos!”, gritaba desesperado el entrenador napolitano cada vez que pretendía que la defensa se parase más adelante en el campo de juego. Pero *El Nápoli*

no podía tener la pelota por mucho tiempo. “¡Encima de él, encima de él!”, exigía Leopoldo a sus volantes cuando iban a marcar a un rival. El técnico estaba más enérgico que de costumbre, al punto que uno de los suplentes del rival le pedía que se callara un poco porque “parecía una radio”. Pero el entrenador seguía en la suya: “¡Fuera con ella, fuera con ella!” Sin embargo, el equipo continuaba sin conformarlo. “¡Salimos!, ¡salimos! ¡Cordobés!”, le pedía al defensor que a cada instante juntaba más bronca.

-¡Salí, Cordobés, salí! –volvió a gritar Leopoldo, desaforado, mientras caminaba por la línea de cal lateral.

-¡Ah! ¿Querés que salga? ¡Entonces salgo! -respondió el defensor desde el borde del área grande y acto seguido se sacó la remera y salió del campo por el lado opuesto al banco de suplentes.

Ante esa situación, el árbitro interrumpió el juego al tiempo que los jugadores del *Nápoli* no sabían muy bien qué hacer. Algunos fueron a calmar al Cordobés, quien no paraba de insultar, y convencerlo de que volviera a jugar. Otros, en cambio, fueron a buscar a Leopoldo, quien se había ido del banco de suplentes, ofendido por la reacción de su dirigido.

Finalmente, el defensor regresó a la cancha y se reanudó el encuentro, en tanto que Eduardo, quien había estado entre los relevos, llevó a Leopoldo hasta la casa en su propio auto para que el uruguayo se calmara un poco.

El resultado ya no importó aunque *El Nápoli* terminó ganando el partido 4 a 2 con dos goles de Gabriel, uno de Claudio y el restante de Nazareno, y así siguió la buena racha de la pretemporada. Pero quedaba claro que el incidente del Cordobés, sumado al de Leopoldo con Andrés del año anterior, marcaba un desgaste en la relación entre algunos jugadores y el técnico que, poco después, anunció que al terminar el torneo iba a dejar el puesto.

Y sus jugadores, más allá de cualquier diferencia, le respondieron con dos victorias, una de ellas ante *Santana* (la única de la historia) y un empate que dejaron al equipo en el cuarto puesto y con el 69 por ciento de puntos ganados. Y, una vez más, Julián la rompió y llegó a 19 goles en toda la temporada, más de uno por partido de promedio, aunque increíblemente terminó segundo en la tabla de goleadores.

“¡Gracias, gracias, gracias!”, exclamó Leopoldo mientras los jugadores iban entrando al vestuario para festejar el 2 a 0 frente a *Santana*. Ese mismo día iba a haber un nuevo asado/festejo en la casa de los Giannini y una vez allí presente, el entrenador, desbordado de agradecimiento hacia sus ya ex dirigidos, se arrojó a la piletta con pantalones largos.

Pero esa no fue la única despedida de la jornada ya que Daniel había anunciado que se iba a jugar a otro equipo: *Sapucay*, armado por su amigo Waldo, el ex *Nápoli* que años atrás lo había llevado justamente a ponerse la camiseta celeste.

El anuncio de Daniel fue una mala noticia pero el volante se encargó de compensar su ausencia con la presentación de Iván Velázquez, un amigo suyo, para que ocupara su lugar en el plantel. Muchos de los napolitanos ya conocían a la flamante incorporación porque ésta había jugado algunos partidos para *Deportivo Amistad*.

-Sabés que yo no me acuerdo de él -dijo Andrés a Emiliano durante la sobremesa.

-¿En serio no te acordás? Justo vos, que el otro día te acordaste de que después de un partido contra no sé quién, en la primera temporada, volvíamos en el auto de Marcos, con Naza y Roberto, cuando todavía jugaba con nosotros, y que Rober se bajó en la peatonal para ir a comparar el primer disco de la banda de Facundo...

-Es cierto. ¡Ves que vos también te acordás de esas cosas!

-Sí, pero no como vos.

-Bueno che, perdón. Ahora no me acuerdo de Nacho, por ejemplo.

-Yo sí. Una vez me tiró un caño divino cuando salía jugando desde el fondo -  
respondió el Gordo.

-Entonces juega bien.

-¡Uf! Le sobra.

Eduardo entró al vestuario vestido como un jugador más pero, en realidad, su nueva función comenzaba a ser bastante más amplia. “Bueno, la idea es que Julián, Claudio y yo armemos una especie de triunvirato para dirigir el equipo. Para eso, uno de los tres siempre va a estar afuera para poder dar las indicaciones y hacer los cambios que sean necesarios”, explicó el nuevo vocero del cuerpo técnico, aunque a la postre iba a ser él quien iba a tomar la mayoría de las decisiones ya que Claudio y Julián eran habituales titulares en el equipo que puso fin a una histórica contradicción al cambiar las viejas remeras amarillas y negras por unas con los colores que le hacían honor a su nombre.

Rafa escuchó la primera charla técnica con atención y, al igual que la mayoría de los jugadores, estaba de acuerdo con la nueva forma de dirigir el plantel. Sabía que el trato entre Eduardo y el grupo iba a ser más accesible y amistoso, basado en el buen humor, aunque eso implicaba también cierta falta de límites o distancia entre el que daba una indicación y quien la recibía.

Más allá de esa ambiciosa y, al mismo tiempo, arriesgada idea, en el plano real, el equipo empezó a funcionar bien en esa primera fecha del Apertura que se inauguró con un desfase de más de un mes, casi para Las Pascuas.

El debut del *Nápoli* fue un claro 3-0 frente a *San Francisco*, con goles de Nacho, quien debutaba en partidos oficiales, y dos de Emiliano. La base de plantel que comenzó

a transitar por una nueva ilusión se completaba con El Polaco o Mateo en el arco; los defensores Julio, Juancho, Juan, el Cordobés, Vicente y Silvio; Marcos, Rafa, Nazareno, Andrés, Nacho, Emiliano y Gabriel en el medio; y Julián, Claudio y Eduardo arriba. Aunque tanto Gabriel como Emiliano también podían desempeñarse adelante. De esta manera, ya se consolidaba un grupo de jugadores que venían de un proceso de años, unidos no sólo por partidos de fútbol y entrenamientos, sino por una amistad. Y así estaban disponibles los principales ingredientes para cocinar sabrosos resultados dentro del campo.

“Che, ¿hoy nos juntamos en tu casa Naza?”, preguntó Rafa a su compañero que cumplía años el mismo sábado en que *El Nápoli* acababa de ganar por la segunda fecha del torneo 3 a 0 frente a *Deportivo Humildad* con tantos de Julián, el Cordobés y Gabriel. “Sí, papá. Hoy, alta fiesta, hay que celebrar un nuevo triunfo”, le respondió el cumpleañosero.

Ese mediodía, casi todos los jugadores se quedaron a brindar con cerveza y gaseosa en el buffet del club y comieron unas hamburguesas y bondiolas. En aquel entonces, el salón comedor del vejo Rómulo no era más que un galpón con techo de chapa, paredes de ladrillo a la vista sin revocar, algunas mesas y sillas de madera, y otras de plástico. La barra tenía una base de cemento y un ancho trozo de viga donde se apoyaba una vieja caja registradora que no servía para emitir *tickets*, sino sólo para guardar el dinero en efectivo. Detrás de la barra estaba una amplia heladera y un poco más atrás y hacia uno de los lados, la parrilla.

-¿Dónde vas cagueta? –inquirió Emiliano a Rafa cuando éste empezaba armar el bolso para irse junto a los mayores del plantel que debían atender sus responsabilidades familiares.

-Tengo que estudiar. A ver si me recibo a mitad de año.

-¿Cuándo rendís? -intervino Gabriel.

-El lunes. Pero la cagada es que en la semana estuve a full con otras materias y el laburo, y ayer tampoco pude estudiar nada.

-¿Por?

-Porque vino a cenar conmigo y después nos fuimos al bar -acotó Emiliano.

-Cómo estás, ¡eh! Mucha salidona -bromeó Gabriel, quien también solía “internarse”, y con mucha anticipación, en su casa cuando tenía que rendir en la Facultad de Psicología.

-Y bueno, hay que aprovechar lo bueno que tiene la soltería, cosa que vos, Nico ni Marcos pueden, jajá.

-¿Y vos Gordo?

-Yo estoy soltero también.

Rafa miró a Gabriel y trató de decirle que no indagara más en esa cuestión escabrosa.

-¡Uh!, no sabía que te habías peleado con Marcela.

-Cosas que pasan. Igual, no importa porque esta noche la rompemos, ¿o no Rafa? -dijo Emiliano evitando dar más detalles.

Recostados sobre los mullidos sillones adornados con almohadones de pluma, recubiertos de una cuerina color crudo y ubicados a lo largo y a lo ancho del living de la casa de los padres de Nazareno, la generación más joven del *Nápoli* decidía a dónde seguir la borrachera ya que la fiesta de cumpleaños había terminado hacía rato. El agasajado, su hermano y Gabriel se inclinaban más por una salida tranquila por los bares de Quilmes. Emiliano, en cambio, no quería perder más tiempo a esas altas horas de la madrugada y proponía ir directamente a cualquier otro lugar con “mucho joda”.

Mientras que Andrés y Rafa apoyaban cualquiera de las dos mociones, salvo que el primero de ellos estaba en auto y, por ende, ejercía más poder decisorio.

-Bueno, ¿qué hacemos? -arrancó el Gordo-. Ya es tarde y se nos acabó el fernet.

-Con Gabi vamos para Quilmes, al final -dijo Nazareno.

-¿Vos Marcos? -preguntó Emiliano.

-Yo también opto por Quilmes.

Emiliano miró a Andrés y éste a Rafa.

-Yo prefiero ir a un bar -indicó el 5 que, por entonces, era capitán del equipo-.

Pero no te voy a dejar solo. Así que vamos.

-Bueno, ¿vos Rafa venís con nosotros?

-Sí, en este estado no puedo pretender entablar una charla coherente con una mina en un bar. Además, si voy con ustedes después me dejan más cerca de casa.

-Dale. Igual, yo no voy a volver muy tarde -agregó Andrés.

-Es sábado a la noche, ¡vamos! -arengó Rafa, quien ya se ponía la campera para ir saliendo hacia la puerta.

Finalmente, Nazareno, Gabriel y Marcos se fueron juntos en el auto de los hermanos hacia el centro de Quilmes, donde probablemente se encontrarían con gente conocida, como los chicos del club de hockey (donde Gabriel jugaba desde chico y Marcos había tenido un paso fugaz unos años antes), sus novias o amigas de éstas. Por el otro lado, Andrés, en su Fiat 147, se fue con Emiliano y Rafa hacia el oeste.

-Podemos pasar un rato antes por *La Selva*, ¿no? -propuso el chofer.

-Ya fue. Es tarde y vamos a gastar plata al pedo -respondió Rafa.

-Tiene razón -asintió Emiliano.

Evidentemente, estos jugadores del *Nápoli* buscaban resultados sin importar el nivel de juego. Y dentro del campo la historia era bastante similar. El equipo no

deslumbraba pero en la fecha siguiente derrotó 3 a 0 a *Santa Fe* con goles de Julián, Emiliano y el Cordobés; y en la cuarta jornada obtuvo un esforzado pero valiosísimo 2-0 frente a *La Quebrada* con tantos de Claudio y el defensor estrella. Y esa victoria depositó al conjunto napolitano en la cima de la tabla de posiciones con puntaje ideal y la valla invicta.

El ánimo estaba por las nubes después de triunfar en ese clásico y los chicos volvieron a salir a festejar el sábado a la noche. Esta vez, Nazareno, Andrés, Gabriel y Rafa fueron a *Hippies*. De hecho, muchos jugadores de varios equipos rivales concurrían cada fin de semana a ese clásico bar del centro quilmeño que funcionaba como uno de los puntos de encuentro ineludibles de la zona, a veces para realizar la “previa” antes de dirigirse a un local bailable o muchas otras para pasar toda la velada allí.

Si bien era pleno otoño, la noche estaba bastante agradable y, sobre todo, seca; por lo que el local explotaba de gente. Camino al baño, entre la muchedumbre y a los empujones, los chicos se cruzaron con Leonel, una de las fornidas figuras de *La Quebrada*. “¿Qué les pasó hoy?”, le dijo Andrés al pasar y con un tono medio burlón. “Somos horribles, eso pasó”, respondió el rival entre risas.

Después de tomar varios fernet, los chicos decidieron dar por terminado el festejo y regresar a sus casas. A la salida, casi junto a la puerta, donde estaba el sector VIP con los clientes más *top*, se toparon con algunos de los jugadores del *Naranja*, que en el siguiente encuentro entre ambos ratificaron que seguían siendo superiores en lo futbolístico y se impusieron 2-1.

La derrota ante *El Naranja* cortó, hasta aquel entonces, el mejor arranque de un torneo de la historia del *Nápoli*. Pero de ninguna manera frustró por completo las

posibilidades del equipo de pelear por el título ya que la competencia recién iba por el primer tercio. “Mientras nos den las matemáticas, vamos a pelear arriba”, siempre decía Eduardo. Sin embargo, en un principio, al equipo le costó recuperarse de haber perdido su invicto ya que cosechó un empate 3-3 con *Deportivo Amistad* y una derrota 0-2 ante *Santana*. Esta caída llevó al entrenador a buscar fortalecer el grupo, por eso, al día siguiente organizó un asado en su casa quinta de City Bell donde, después de almorzar, los compañeros hicieron un picado de fútbol en el amplio parque y finalmente vieron como la Argentina de Bielsa perdió por penales la final de la Copa América frente a Brasil.

Aquella reunión pareció dar sus frutos también dentro de la cancha porque en la fecha siguiente *El Nápoli* goleó 4 a 0 a *Abogados* con un gol, el último y de penal, del defensor Julio, quien ese día cumplió su partido 100.

La decisión de los organizadores el torneo de dar dos puntos por empate y uno por perder disminuía la deserción en las fechas finales de los equipos que se encontraban en el fondo de la tabla y buscaban ahorrarse el dinero de la cuota por partido, la cual costaba cada vez más ya que el viejo Rómulo se aprovechaba de que en el país había por entonces más trabajo y mejores sueldos.

Pero ese punto *bonus* también daba más oportunidades de pelear por el título a los conjuntos que mantenían un rendimiento parejo y constante. Y *El Nápoli* estaba entre los que conformaban este segundo pelotón porque después de triunfar 2 a 1 frente a *Porter*, empató 1-1 ante *Doble Visera* y 2-2 frente a *Parque*, con un gol olímpico de Nazareno, y seguía con buenas chances.

El primer mes de frío invernal terminó de la mejor manera: una victoria 3 a 2 contra *El Rayo* y una goleada por 4 a 1 ante *El Puente*. Pero agosto comenzó con una doble mala noticia: derrota 1-3 y, encima, frente a *Gavilán*.

Parecía que, otra vez, el más clásico de los clásicos iba a sacar al *Nápoli* de la pelea por el título, tal como había ocurrido casi dos años antes, pero los celestes se recuperaron con un categórico 4 a 0 contra *Sapucay*, con Waldo y Daniel en cancha. Y el segundo de ellos, para colmo, ese día se fue expulsado.

Faltaba una fecha para terminar el torneo y *El Nápoli* estaba cuarto en la tabla, pero por diferencia de gol, ya que tenía los mismos puntos que *Cigarro Lunático*, que estaba tercero y era su último rival. Una unidad por encima de ambos estaba *Abogados* primero y a dos puntos *Santana*. Ante esa situación, había que sacar la calculadora y hacer cuentas para mantener la esperanza de salir campeón. Y tal como le gustaba al entrenador, las matemáticas alcanzaban para dar la vuelta si *El Nápoli* ganaba, *Abogados* empataba o perdía y *Santana* caía derrotado ya que tenía mejor diferencia de gol que aquellos dos.

Claudio aún vestía los pantalones cortos cuando abrió el baúl de su auto nuevo y extrajo del interior del mismo una botella de champagne y una caja de tres tiros. Andrés y Rafa lo miraron extrañado, pero al cabo de algunos instantes entendieron la razón por la cual esos dos elementos que poco tenían en común estaban presentes en aquel sábado nublado, frío y lluvioso, a la vera de la cancha 1. “Esto era por si se daban los resultados”, explicó Claudio ante la risa cómplice de sus dos compañeros de equipo. La idea del fundador del conjunto napolitano había sido, fiel a su costumbre, apostar todo a ganador aunque en este caso no hubo oportunidad para el festejo más glorioso y esperado por todos.

Es que *el Nápoli* acabó por empatar 1 a 1 frente a *Cigarro Lunático* mientras que *Santana* salió campeón a pesar de empatar ya que si bien *Abogados* triunfó, estos cosecharon una peor diferencia de gol y quedaron en segundo lugar.

El partido entre los celestes y *Cigarro Lunático* había sido un encuentro muy parejo, cerrado y, sobre todo, tenso. En especial, porque los napolitanos habían llevado mucho público para que fuesen testigos de un hecho potencialmente histórico. Entre los improvisados hinchas estuvieron Santiago, el cuñado de Andrés; la mujer de Eduardo y sus dos hijos, compinches de los dos de Claudio; la esposa de Iván y el padre de éste, Cosme; y hasta el exentrenador, Leopoldo.

El desarrollo del encuentro, muy influenciado por el pesado estado del campo de juego, se dirimió en el medio, donde *Cigarro Lunático* tenía un número 5, “El Gaita”, que era un verdadero fenómeno y manejaba todo su equipo. En esa paridad, el rival del *Nápoli* se puso en ventaja apenas comenzado el segundo tiempo pero Nazareno lo empató enseguida luego de un tiro libre a la salida de una infracción y peinada de Julián. “¡Vamos carajo, así hay que jugar estos partidos!”, arengó el delantero estrella que, al finalizar el partido, se fue expulsado por doble amarilla, lo que lo enfureció al punto de arrojarle un cabezazo al árbitro aunque el golpe, afortunadamente para el negro, no llegó a destino. Aquella roja desató el descontrol de la hinchada celeste: Leopoldo protestaba como un disco rayado, la esposa del entrenador se colgó del alambrado al grito de “¡hijo de puta!” y el referí decidió dar por terminado el partido antes de que se cumpliera el tiempo reglamentario.

Con el 1-1 consumado, *El Nápoli* quedó en el cuarto puesto, pero la peor noticia fue que Julián recibió una suspensión de 40 partidos por la agresión al árbitro.

El conjunto napolitano redondeó un 68 por ciento de eficacia en puntos ganados y su máximo anotador fue Julián con 8, lo siguió Claudio con 6, el Cordobés e Iván con 5, Emiliano con 4, y Nazareno y Eduardo con 3.

La fiesta era esta vez en el predio de *Scampia*. Rafa, aprovechando la cercanía del club con su casa, organizó su merecido festejo por haber obtenido el título terciario como Profesor de Educación Física. Ya había tenido un primer agasajo entre semana, el mismo día en que rindió exitosamente la última materia y en aquella ocasión sólo estuvo dispuesto a compartir una cena sencilla con sus padres, su hermano y la familia de éste, ya que no los veía desde hacía bastante tiempo. Mientras que el sábado era el festejo junto a sus amigos del *Nápoli* que no iban a perderse semejante ocasión para reunirse y divertirse entre comida y tragos. También fueron algunos de sus compañeros del Profesorado aunque Rafa nunca había logrado entablar con ellos una tan buena relación como con los napolitanos.

La primavera había arrancado mal desde lo climático, por lo que en lo que iba de octubre se había jugado un sólo partido por el Torneo Clausura: un 0-2 frente a *Naranja*. Para colmo de males, los otros cuatro encuentros del certamen habían sido tres derrotas, ante *San Francisco*, *Deportivo Lástima* y *La Quebrada*; y apenas un magro 1-1 ante *Santa Fe*.

Ante la suspensión de Julián, Claudio había llevado a la práctica un plan de contingencia para tratar de paliar aquella falta: el retorno de Leopoldo como técnico. El uruguayo era exitoso desde lo estadístico pero en la práctica, los números esta vez le terminaron dando la espalda y el plantel tampoco le respondió como él esperaba.

Los chicos estaban en su mayoría parados, reunidos en pequeños grupos separados entre sí por pocos metros de distancia dentro del buffet de *Scampia*, adonde ya se habían servido la comida y las bebidas. Algunos escuchaban música y otros charlaban entre carcajadas, como Gabriel y Marcos, quienes recordaban los malos tratos a los que habían sometido el año anterior tanto a Andrés como a Nazareno en sus respectivas fiestas de egresados.

Por su parte, Claudio, quien ya había llevado a su casa a su esposa y sus dos hijos para que se acostaran más temprano, estaba sentado solo junto a una de las mesas plásticas que daban al estacionamiento del club. Bebía y pensaba cuando Rafa lo vio y se le acercó.

-¿Qué te pasa Clau? -preguntó el joven mientras arrimaba una silla vacía junto a la de su compañero.

-Nada, pensaba. Che, felicitaciones. Realmente me alegra que te hayas recibido.

-Gracias.

-Quizás ahora no te des cuenta de la importancia que tiene lo que lograste pero con el tiempo vas a ver. Y seguro te vas a sentir orgulloso.

-Es espero. Pero no me cambies de tema. Algo te pasa, ¿o no?

-Es que esta tarde tomé una de las decisiones más difíciles de mi vida.

-¿Cuál?

-Le dije a Leopoldo que no fuera más el técnico.

-Bueno, pero la verdad es que esta vez no le fue nada bien.

-Sí, pero yo fui quien le pidió que volviera -indicó Claudio mirando a Rafa con el entrecejo levantado y acercándose el vaso de cerveza a su boca reseca.

-Quedate tranquilo. Leopoldo sabe bien que nunca tuviste malas intenciones. Además, relajate un toque, mirá la fiesta como se puso, los pibes están a pleno.

Rafa se paró, palmeó a Claudio en la espalda y lo invitó a que se pusiera de pie y se juntara con el resto de los chicos. Luego, al cabo de más tragos y más bromas, partieron en varios autos hacia *La Selva* para seguir festejando en el boliche.

Los dos vehículos, uno detrás del otro, salieron de la rotonda y tomaron una avenida Buenos Aires muy transitada ya que era fin de semana largo por el feriado del

Día de Inmaculada Concepción. A marcha lenta cruzaron la entrada de la ciudad balnearia hasta llegar a la avenida 3, por la que giraron hacia la derecha para atravesar a lo ancho y en paralelo a la costa el resto de la urbanización. En ese tramo el paso de los autos se hizo más rápido ya que la congestión se iba perdiendo a medida que avanzaban los turistas ansiosos por realizar un precalentamiento del verano que estaba por llegar. Al cabo de unos cinco kilómetros salieron de la avenida y del asfalto, y los vehículos comenzaron a rodar sobre la amplia calle de arena y tierra que los llevaría a su destino final. A partir de entonces, la marcha se volvió a más lenta ya no por el tránsito, sino por los innumerables “serruchos” del suelo que pretendían destartalar los autos que parecían bólidos envueltos en pequeñas nubes de polvo que se mezclaban con el tenue brillo de la luna, única testigo en aquel camino.

Tras curvas y contra curvas, algunas de ellas elevadas, los vehículos llegaron finalmente a Mar de las Pampas, donde la primera edificación que se podía observar era una casa de té y tortas que había sido la pionera del comercio en aquel balneario. Ahora, le seguían muchas más construcciones que, sin embargo, no habían modificado el paisaje de amplios y tupidos pinares que se alzaban sobre los médanos apenas interrumpidos por algunas calles angostas. Las edificaciones de madera, piedra y mucho vidrio se sostenían sobre *decks* pintados de un marrón oscuro intenso que combinaban con los troncos, algunos de ellos, atravesando el suelo como como estacas naturalmente bondadosas.

Era viernes a la noche y los ocupantes de esos dos autos provenientes de la zona sur del conurbano planeaban quedarse hasta la tarde del domingo. *El Nápoli* tenía fecha libre al día siguiente, lo que resultó la excusa perfecta para que los más grandes del equipo viajaran a la costa. Claudio fue con sus varones, el Cordobés con su hijo mayor,

al igual que Julián y Eduardo. Cuatro padres con cinco chicos, más Emiliano, quien pasó a ser una especie de *babysitter*.

Dos semanas después, en el asado de fin de año, los viajantes iban a recordar esa escapada a la costa junto al resto de sus compañeros. “A la hora de haber llegado, los chicos ya estaban todos mojados”, contó Emiliano, quien fue el narrador oficial del paseo en el que el grupo se alojó en un complejo de cabañas cercano a la playa y el sábado por la noche, en ocasión del buen tiempo, fueron hasta cerca del mar a prender una fogata. Como no había muchos maderos, el Cordobés luchó contra un poste de la estructura de las carpas del balneario pero no pudo arrancarlo.

De todos modos, consiguieron prender el fuego cerca de un grupo de chicas que también intentaban hacer lo mismo. Pero como no podían, les pidieron ayuda. Así que fue Julián el primero en ofrecerse a dar una mano y rápidamente tomó uno de los leños encendidos de su fogata y caminó hasta donde se encontraban las jóvenes.

Mientras tanto, Claudio y el Cordobés pusieron a dormir a todos los chicos, a los que cubrieron con una montaña de camperas ya que era una noche fresca.

“Julián se iba caminando con el leño al hombro y prendido fuego. No sé cómo hizo para no quemarse. Y Claudio que le decía a los chicos: `no cierto que tienen sueño, vayan a dormir, vayan’”, recordó el Gordo.

Finalmente, esa noche se unieron las dos fogatas aunque cada uno se fue a dormir temprano y por su lado ya que al día siguiente la idea era poder disfrutar de la playa.